

Preguntas que no sé las respuestas

Campo del Sur

Lore se detiene en la acera, baja la cabeza y teclea un wasap con los pulgares. Aunque estés discutiendo, Lucía, si una mirada de amor te da en toda la cara deberías notar algo, ¿no?, como cuando se te caga un pájaro en la frente. Su amiga, que sacaba las mejores notas del colegio y es peluquera en una franquicia de Spejos, le devuelve una respuesta profunda: las flechas del amor son silenciosas. Bajo un magnolio, Lore se sienta sobre una esvástica negra en un banco descascarillado, copia la frase de Lucía, la entrecomilla, prueba a darle forma de corazón con un rotulador fluorescente, dibuja pétalos, se pone a esperar.

No hay nadie en la plaza. Es una tarde desamparada de noviembre. Siente frío en las manos mientras repasa con sus guantes sin dedos los *Poemas de amor cortos*, un libro de pastas rojas que le ha prestado Lucía, que a Lucía le ha prestado Fani, que a Fani quizás le ha regalado el Flaco. Por encima de los árboles, un cilindro gris de cemento proclama merche puta merche 601426623 y levanta contra las nubes un mirador sobre la ciudad. Lore comprueba que la parada del autobús que traerá de Mercadona a Javi sigue allí, al otro lado de la plaza. Hoy cumple veinte años y le ha preparado una sorpresa. 25 del 11. La fecha le da valor. El martes le mandó un mensaje y han quedado a las siete, las 19.00 horas escribió, pero el martes fue hace mucho tiempo. Después no ha querido insistir y él no ha contestado. Javi es así.

No sé cómo ha sido pero tú me has dado la alegría de vivir, me has cambiado todo mi ser. Lore levanta la vista del libro cada vez que oye el chirrido de un freno y baja gente en la parada. Cuenta cinco versos. Piensa que no le parece una poesía, que ni siquiera rima, que le preguntará a Lucía. Mira una mesa de Pizza Hut donde solía sentarse con los compañeros cuando trabajaba de cajera. Se enamoró no entiende cómo, hubo un fognazo en aquel

velador de aluminio rociado ahora por la llovizna, mientras Javi devoraba un chicken primavera con palitos a la siciliana, no resulta poético, pero así. Él siguió en lo suyo, que no fue penalti, sin escuchar nada, que no, que no fue penalti, aunque una mirada de amor le había tocado, le había caído del cielo como una cagada de paloma. Cuando vuelva a pasar a tu lado, querré que ese instante se detenga en el tiempo, que ese instante perdure en mi ser. Cientos de veces lo había visto en el trabajo, hasta discutieron porque cuando reponía los expositores dejaba cajas vacías por cualquier parte. Dulce cuando estoy junto a ti. Silenciosa como una paloma antes de volar cuando no sé nada de ti. ¿Ti rima con ti? Es un desastre, piensa sonriendo mientras se lo teclea a Lucía, Javi es un desastre. Y además, ¿cómo ella nunca lo había mirado con amor hasta ese día, que no fue penalti, que no, justo cuando se manchaba su camiseta de Sergio Ramos con un trazo de sangre Heinz que escupió un bote de ketchup?

Inclina la cabeza sobre el móvil para mirar la hora. 18.49. Lucía le ha contestado. Mientras lee, el pelo gotea sobre la pantalla. El amor también es un desastre, Lore, te vas a enterar. La lluvia arrecia, pero apenas lo advierte. ¿Qué me pasa? ¿Por qué siento eso por ti? Sensaciones que ni yo misma puedo comprender. Preguntas que no sé las respuestas. Pero si estas ahí, junto a mí, desaparecen. Lore estornuda y cierra el libro. Se limpia con un pañuelo bordado que le ha quitado a su madre. Mira la enorme cabina de cristal que corona el mirador giratorio como un ovni gigantesco. Encuentros en la tercera fase, escribe en su cuaderno, lo entrecomilla. Las gafas se le han empañado. Las seca sobre su chaquetón de lana verde pistacho y esconde en los bolsillos el libro y las dos manos.

De los autobuses bajan oleadas de camisetas numeradas, banderas y bufandas, gente que grita y corea. Respira el olor tibio de los arriates, mira la torre. Lore cree que los enamorados deben contemplar el mundo desde las alturas. Recuerda vagas películas, escenas de cine que quizás sólo imagina, donde los amantes se abrazan al filo de una catarata, gritan

desde un campanario hacia un campo de trigo, presencian la puesta de sol sobre un acantilado, sobrevuelan el mar en helicóptero. En unos momentos la iluminación navideña encenderá las calles, la iluminación multicolor, piensa tontamente, y los dos se asomarán al mirador, girarán por encima de la ciudad. Desde allí declarará su amor y lo proclamará al mundo, que hasta ahora, si no hablamos de Lucía, desconoce por completo el acontecimiento. Sonríe con los labios torcidos. Qué le importará esto al mundo, dice en voz alta.

El frío del suelo le sube hasta las rodillas y los pies insensibles le recuerdan que para comprar las entradas del mirador y cenar con Javi en Pizza Hut ha vendido en el mercadillo del barrio unas botas altas de ante como nuevas. La verdad es que pesaban diez kilos, qué asco de moda, y andaba como un pelícano. La lluvia golpea las losas sucias de la plaza, le salpica el pantalón rosa de pana, y el magnolio gotea, ya sin contención, sobre su pelo rubio de raíces morenas. Tendrá que comprar un paraguas en un chino. Son las siete, las 18.57 horas. ¿Si llega me esperará? Cobijada bajo una fila de árboles, Lore deja la plaza y atraviesa la calle a todo correr, huye por la acera, desaparece bajo los relámpagos cañoneada por los truenos.

En el chino se pierde por los estantes extasiada entre rosas de purpurina, luces musicales de intermitencia programable, lámparas que arden como llamas, pájaros de cartón recubiertos de verdaderas plumas amarillas, ramos de plástico verde, bolas rojas de acebo, bastones, patos fluorescentes, máquinas de tren, dentaduras de azúcar para adornar el árbol. ¿Por qué la vida no es un chino en Navidad, Lucía? Al fondo del pasillo de los detergentes, un gran abeto plegable reluce con bombillas esféricas pintadas como balones de fútbol, cabezas de jugadores colgadas de las ramas, cintas doradas que suben en espiral cantando himnos y vítores hasta la cima, coronada con un cartel donde Lore lee navidad, pero al acercarse comprueba que no, que dice novedad, y ríe con una convulsión que se desborda en llanto y no

puede controlar ni pensando que no, que no ha sido penalti, que aquella señora dirá qué hace esa chiquilla llorando y riéndose sola en un chino y por qué te has quitado las gafas, idiota, por quién, Feliz Novedad, cegata.

Sale a la calle con los ojos hinchados y estruja con el pulgar el pañuelo en el bolsillo de sus vaqueros ceñidos. El llanto en calma y un frío cicatrizante en la cara le entregan una paz extraña, y una agradable bolita amarga en la garganta le empaña los ojos. Esto podría ser la felicidad, pero cómo saberlo. Camina despacio, bajo un paraguas de plástico transparente decorado con margaritas. Lo ha elegido porque le recuerda la cortina de baño que su madre recorría para bañarla. Lore retira aquella cortina y detrás, desnuda en el agua de la bañera, aparece su infancia. La ve pasar en la pantalla de un cine, desentendida del aguacero, mientras chorrean sobre la pequeña cúpula de su paraguas las luces del alumbrado multicolor. Quiero más a mi madre, ¿no te parece raro?, teclea, y ve que Lucía le ha contestado. Es que la vida es eso, Lore, un chino en Navidad.

Al llegar a la plaza pasa de largo por Pizza Hut. En la acera la tiza del menú se diluye bajo la lluvia. Chicken Primavera con Palitos a la Sicilina o Ensalada + Bebida, sólo 9 €. Tampoco lee la otra cara de la pizarra: Hoy Madrid-Barça 20.00 h. Canal +. Saca el teléfono refugiada en su paraguas bajo una cortina de agua, la cortina de la ducha, se le ocurre. Las 20.36. Si te fijas bien todo es muy raro, Lore, le dice la pantalla. Un grito colectivo de gol irrumpe en la plaza desde bares y ventanas. En el cilindro de hormigón, la estrella de Oriente colgada sobre la taquilla del mirador alumbra con su intermitencia roja merche puta merche 601426623. Lore se refugia en el tejadillo de un quiosco. Si te fijas bien todo es muy raro, escribe en su cuaderno.